

AMLO: UN PROGRESISTA REMISO

Crítica del engaño, el desencanto y la deriva *facha*



editorial

Fray Bartolomé de Las Casas A.C.



Editorial

Fray Bartolomé de Las Casas A.C.

AMLO: UN PROGRESISTA REMISO

Roberto González Villarreal

Lucía Rivera Ferreiro

Marcelino Guerra Mendoza

Mayo de 2021

D.R. © 2021, Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, A.C.

Pedro Moreno 7
Barrio de Santa Lucía
C.P. 292950
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

AMLO: UN PROGRESISTA REMISO

Crítica del engaño, el desencanto y la deriva facha

Roberto González Villarreal

Lucía Rivera Ferreiro

Marcelino Guerra Mendoza

Todos los Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, puede realizarse con la citación de los autores.

ISBN: 978-607-8800-09-4

Impreso en México / Printed in Mexico

**Para los amigos Oswaldo, Tomás
y la banda de Insurgencia Magisterial**

Lxs autorxs

Roberto González Villarreal. Doctor en economía. Profesor-investigador del Doctorado en Política de los Procesos Socioeducativos, Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco. Miembro de la Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales y del Sistema Nacional de Investigadores.

<https://robertogonzalezvillarreal.com.mx>

Lucía Rivera Ferreiro. Doctora en pedagogía. Profesora-investigadora del Doctorado en Política de los Procesos Socioeducativos, Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco. Integrante de la Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales y del Sistema Nacional de Investigadores.

Marcelino Guerra Mendoza. Maestro en Política Pública Comparada. Profesor-investigador de la Maestría en Desarrollo Educativo de la Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco.

Contacto:

labandadelxs3@gmail.com

<https://www.facebook.com/labandadelxs3/>

<https://insurreccionpedagogica.com>

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Inicio: la cuestión | 9 |
| La <i>pejenomics</i> , o el neoliberalismo progre | 15 |
| Zombies, bucles y reformas | 23 |
| El progresismo en la larga onda neoliberal | 27 |
| Relaciones tóxicas | 33 |
| Cabeza neoliberal, lengua progresista, corazón conservador | 37 |
| El huevo de la serpiente | 41 |
| El magma | 43 |

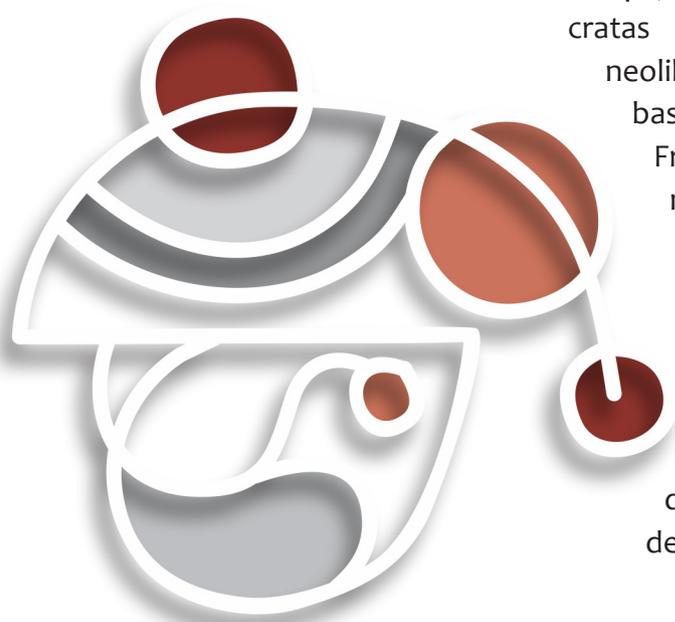
INICIO: LA CUESTIÓN

There is no alternative (TINA), decía Mrs. Thatcher en los albores de la gobernanza neoliberal. Ese *dictum* es una afrenta, pensamos muchxs. Un comentario arrogante, propio de una imperialista nostálgica, de una primera ministra que repetía muy oronda: “No hay tal cosa como la sociedad. Hay hombres y mujeres y hay familias”. La ocurrencia de una ignorante, pensábamos, con esa sonrisa sardónica de los perdedores.

Poco después, todos los gobiernos se volvieron neoliberales. La crítica también. La oposición igual. Nos costó admitirlo, pero Mrs. Thatcher tenía razón.

Han pasado más de 40 años y seguimos bajo el yugo político-epistémico del thatcherismo: no hay alternativa. Parece no haberla cuando todos los programas distintos terminan en crisis políticas, económicas y de seguridad. ¡Y no porque los gobiernos neoliberales lo hagan mejor! Para nada, sino porque la crisis parece ser una de sus formas de existencia, les resulta cómoda, los estimula, los lleva más lejos y, en muchas ocasiones, los legitima.

En Europa, los viejos partidos socialdemócratas se volvieron cada vez más neoliberales, alejándose de sus bases obreras; en España, Italia, Francia, Inglaterra y los países nórdicos, la racionalidad neoliberal fue sustituyendo los mecanismos del estado de bienestar hasta introducir los cuasi-mercados, la narrativa del emprendedurismo, las privatizaciones y todas las fases del Consenso de Washington, del Banco Mundial, del Fondo



Monetario Internacional, de las instituciones de la Unión Europea, de la UNESCO y demás agencias internacionales.

Sin embargo, no todo fue desconsuelo. De tanto en tanto aparecían signos promisorios. En México, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte comenzó con una rebelión indígena en Chiapas que irradió al mundo entero. En 1999, en Seattle, durante la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio, se formó el *Movimiento de movimientos* contra la hegemonía neoliberal. Muy poco tiempo después, en América Latina, inició una década de gobiernos con una dinámica transformadora, un relato de la esperanza, nuevas instituciones y conceptos potentes: Vida Digna, Vivir Mejor, Revolución Ciudadana, Estado Plurinacional. Una década, o un poco más, con crecimiento económico, distribución del ingreso, afirmación nacional y revaloración identitaria que alimentaron las expectativas, los saberes y los proyectos decoloniales, ecológicos, comunitarios, entre tantas otras cosas. A eso se le ha llamado el progresismo latinoamericano.

Por supuesto, no era algo tranquilo. Había contradicciones y asonadas, pero la voluntad popular parecía afirmarse en algunos países, sobre todo en Bolivia, con tasas aceleradas de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), políticas distributivas, soberanía agropecuaria y defensa del territorio; lo mismo en Brasil, con Lula, durante años ejemplo mundial de crecimiento con estabilidad y distribución; o en Uruguay, con gobiernos sostenidos y un presidente como José Mujica.

Todo iba bien, o parecía ir bien, hasta la segunda década del siglo XXI. Uno tras otro, los gobiernos progresistas fueron cayendo: Brasil, Argentina, Ecuador, Uruguay, Paraguay y Bolivia. Venezuela sigue en una crisis interminable y Nicaragua en la estela post-sandinista. Todo parece fallido. ¿Por qué, cómo?

Ahora lo sabemos: la socialdemocracia y los progresismos son simples alternancias; o, en el mejor de los casos, alternativas que dejan intactos los regímenes de poder, pero juegan con el imaginario radical de la población; eso los hace muy difíciles de comprender, ubicar y combatir.

Se lee y escucha mal, atrabancado quizá, pero quisiéramos plantear una hipótesis distinta: **el progresismo no es una alternativa al neoliberalismo, sino una de sus etapas: la del desbloqueo de los obstáculos de legitimación e implementación.**

Los gobiernos progresistas enfrentan las externalidades negativas de los programas neoliberales, sobre todo en lo que se refiere a la desigualdad, la precarización y el fracaso de su pobretología; diseñan un conjunto programático de atención diversa, con nombres definitivos (¡Hambre Cero! ¡Buen Vivir!) y, al mismo tiempo, continúan los proyectos extractivistas, impulsan la financiarización, las disciplinas fiscal y monetaria, desactivan la movilización popular, cooptan los liderazgos y trastornan las resistencias.

Esa es su función histórico-política. Entenderlo es indispensable para luchar contra las derivas nihilistas, cínico-vulgares, resignadas o francamente fascistas de los desengaños progresistas.

El progresismo tardío

Todos estos problemas son cruciales para entender lo que sucede en México. Aquí el progresismo llegó muy tarde, cuando en América Latina estaba en descenso. En 2018, Andrés Manuel López Obrador (AMLO) ganó con una votación abrumadora. No hubo problemas: ni en el reconocimiento del triunfo, ni en la toma de posesión. Se dio una transición tersa, a pesar del discurso confrontacionista, de la narrativa de la corrupción y de la mafia del poder, no hubo ningún problema. A diferencia de la polarización masiva, ácida y del fraude electoral de 2006, en 2018 todo fue suave: una revuelta electoral casi de terciopelo.

Conforme pasan los meses, la figura presidencial ha concentrado y centralizado las conversaciones en el país. Una presidencia fuerte, que lleva la agenda prácticamente sin disputa, al menos en las alturas del poder público; otras cosas pasan en las tramas cotidianas de la población, de sus luchas, demandas y expectativas.

La economía no crece, los presupuestos son insuficientes, las discrepancias van en aumento, la pandemia confirmó la corrupción precedente y los desastres neoliberales en salud, educación, deuda, derechos humanos, seguridad y prácticamente todos los ámbitos de la acción pública. Más que en otras ocasiones, los límites de la acción del gobierno son estrechísimos. Su margen de maniobra está restringido por recursos, composición política, referentes conceptuales y visión histórica.

Por si fuera poco, se perciben corrientes de desencanto en el subsuelo político y social, al mismo tiempo que se desatan las fuerzas opositoras, como la Alianza

Federalista de gobernadores –esos nostálgicos de las dádivas corruptas-; o francamente de ultraderecha, como el Frente Nacional AntiAMLO (FRENAAA), Todos Unidos contra MORENA (TUMOR) y Ciudadanos Unidos contra López Obrador (¿CULO?).

Más aún: se empiezan a coordinar entre ellos, con los viejos partidos del Pacto por México, más el MC -el Pacto por México *reloaded*-, con sectores del empresariado, de la academia, del periodismo y lo que se vaya acumulando, en un frente anti-AMLO, en coaliciones de derecha y de ultra-derecha: Sí por México, Fuerza México.

A menudo, Andrés Manuel y sus prosélitos, tienden a confundir las críticas e igualarlas todas -como si fuera lo mismo una colectiva feminista que una coalición político-empresarial o grupúsculos filo-fascistas-; este proceder lo han llevado al campo de los memes y del lenguaje: chairos vs fifís; liberales vs conservadores; seguidores o corruptos. Es el viejo tema del amigo-enemigo; un modo que solo refirma la voluntad centralizadora del presidente e impide comprender la dinámica sociopolítica en tiempos revueltos.

No es algo nuevo, ni es particular de los progresistas, es un modo de entender las interacciones políticas; sin embargo, es especialmente peligroso cuando el progresismo se presenta como movimiento de transformación anti-neoliberal y a partir de ello juzga a críticos y contrarios.

El problema es mayor cuando la racionalidad que insufla sus acciones, sus discursos, sus prácticas y sus valores, sigue puntualmente los dictados neoliberales; cuando tras la alharaca de la cancelación neoliberal, encontramos programas, proyectos, organismos e instituciones hechos a su imagen y semejanza. Entonces aparecen el engaño, el fraude, las traiciones y los fracasos.

Se pone peor cuando los críticos y movimientos sociales son denostados desde el púlpito presidencial. En ese momento hay que detenerse: ¿cuándo y cómo empezó todo eso? ¿Cómo una promesa anti-neoliberal se volvió contra sí misma? ¿Cuándo se torció el camino? ¿Cuándo se abonó al fracaso? ¿Cómo fue posible? ¿Cómo ocurrió?

Eso ya lo vimos con todos los gobiernos progresistas en América Latina; eso es lo que está en juego en México, donde ya se advierten muchos síntomas del desencanto.

De eso tratan los siguientes apartados: un martilleo constante contra las esperanzas depositadas en el progresismo como programa, práctica y narrativa anti-neoliberal; su denuncia sistemática como ilusión, como fantasmagoría o simple engaño producido por todos aquellos que piensan que el mundo y la vida se cambian desde el Estado y las políticas públicas.

Pero también una advertencia, un recordatorio de que tras el desencanto populista siempre vienen los reacomodos, las salidas proto-fascistas, los ajustes de cuentas y los coletazos autoritarios.

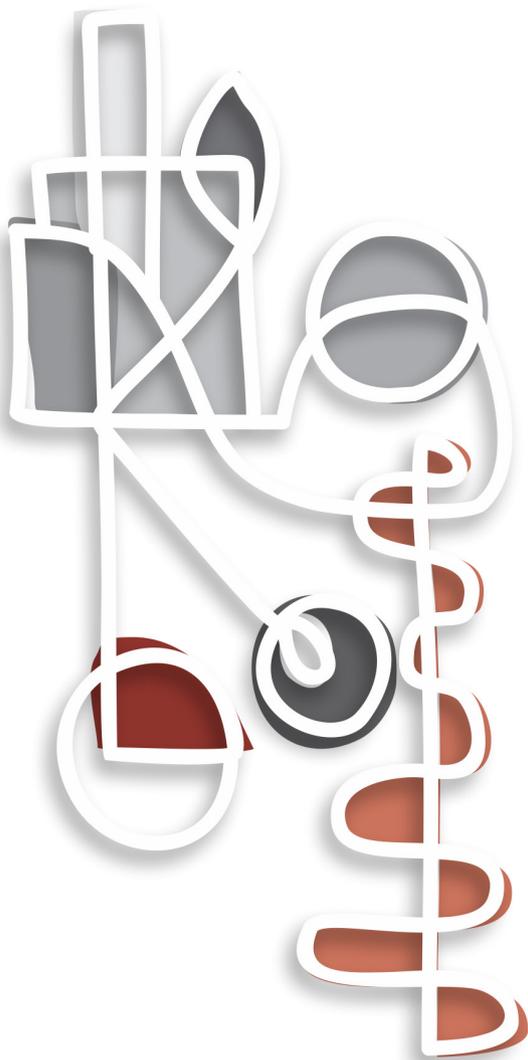
Aquel francés siempre tuvo razón, pero se quedó corto: la crítica política aún no ha guillotinado al Rey; sigue subordinada epistemológicamente al Estado; sigue pensando que el mundo se cambia desde ahí, desde arriba, desde La Institución: *un mundo, una vida.*

¡Qué mirada tan corta! ¡Qué desperdicio de paisajes, de vistas, de posibilidades!

La pandemia, otra vez, nos revela que no es desde ahí; que los pluriversos virtuales nunca se perciben desde las representaciones o las instituciones; pero es necesario comprenderlo, para quitarse las taras ópticas y cognitivas de años y años de política alternativa, *¡cuando en realidad debemos buscar alternativas a la política!*

Ese es el desafío post-pandémico. En eso estamos. Por ahí seguiremos.

LA PEJENOMICS O EL NEOLIBERALISMO PROGRE



Hace muchísimos años, allá por 1980, un viejo actor de películas de la serie B de Hollywood, inició la revolución neoliberal en el gobierno de los Estados Unidos de América. A su programa económico se le llamó *reaganomics*.

Su retórica era simple pero eficaz: el gobierno excesivo coartaba la libertad de elección, significaba una carga para las familias trabajadoras, los altos impuestos inhibían el crédito y la inversión, el gasto público presionaba la inflación, entre tantas otras perversiones generadas por lo que en su tiempo se llamaba el intervencionismo del estado en la economía o la política keynesiana.¹

A partir de entonces se sucedieron múltiples oleadas de reformas en los gobiernos de casi todo el mundo. Desde las políticas de desregulación hasta las de privatización; desde los recortes en el gasto público hasta la conversión de bienes comunes en mercancías; desde los cuasi-mercados hasta las políticas de financiarización. Incluso se formuló un programa político-intelectual llamado el Consenso de Washington.

En México, la *reaganomics* llegó un poco tarde. Su entrada triunfal fue en la toma de posesión de Carlos

¹ Por John Maynard Keynes, economista inglés que removió las bases conceptuales de la economía después de la Gran Depresión. [Teoría General...](#)

Salinas de Gortari. Desde entonces su hegemonía ha sido cuasi-absoluta en los modos de concebir y atender los problemas de gobierno; más allá, al reformular los marcos de referencia en todas las áreas, desde la política fiscal y monetaria hasta la política industrial, de recursos naturales, educativa, de salud...

Las universidades han participado también con una reformulación casi completa de sus planes de estudio; el CONACYT con sus políticas de ciencia y tecnología; los premios, las revistas y prácticamente todo el sector cultural ha seguido puntualmente sus modos de pensar, actuar y subjetivar.

Así ha sido... y así nos ha ido. La sorpresa llegó cuando después de tres intentos, después de un sexenio radical en reformas estructurales y de múltiples crisis en el campo social, económico, de seguridad y derechos humanos, AMLO ganó las elecciones presidenciales por un margen abrumador.

En su discurso inaugural escuchamos el primer alegato anti-neoliberal desde la presidencia de la república. Se anunció el fin de la negra noche del neoliberalismo.

Desde luego, los comentaristas desempolvaron todas las críticas habidas y por haber contra el populismo, el intervencionismo, el paternalismo y toda esa parafernalia retórica tan popular. Hoy arengan contra el “peor gobierno de la historia”, anuncian todas las desgracias imaginables: la inflación, la deuda y todos los disturbios macroeconómicos conocidos y por conocer.

Sin embargo, ¿qué hay en las acciones gubernamentales de AMLO para llamarlo anti-neoliberal, keynesiano o intervencionista?

Muy poco. O casi nada. Su racionalidad gubernamental es otra:

- En ningún momento ha hablado, escrito o propuesto algo así como un crecimiento acelerado del gasto público. Por el contrario, los recortes están a la vista.
- En ningún momento ha generado políticas basadas en aumentar los impuestos. Ni siquiera los marginales.
- En ningún momento ha propuesto financiar las políticas sociales con deuda pública.
- Tampoco ha propuesto, incitado o exigido que se relaje la disciplina fiscal o monetaria.
- Ni siquiera ha imaginado eliminar la autonomía del Banco de México; o cuestionado su objetivo central: la lucha contra la inflación.

En política económica su programa es ortodoxo. Así lo reconoció el primer Secretario de Hacienda, [Carlos Urzúa, un neoliberal confeso](#). Y eso que fiscalmente era menos conservador que el presidente ([AMLO no es un izquierdista radical](#)). Por eso los fondos internacionales lo han sostenido una y otra vez. Se consiguen superávits primarios, el déficit público está controlado, seguirán las recompras de deuda, todos los contratos serán respetados...a menos que hayan incurrido en corrupción.

Y aquí radica la peculiaridad del nuevo gobierno. Si todo lo demás se mantiene, ¿cuál es su especificidad? ¿De dónde sacará AMLO los recursos para financiar megaproyectos y políticas sociales?

La esencia de la *pejenomics* se encuentra en la lucha contra la corrupción. En realidad, es una estrategia gubernamental muy austera, con un solo eje y varias líneas de acción:

- Desmantelar las instituciones y prácticas corruptas en organismos estatales y para-estatales. El caso más conocido es PEMEX, pero también se denuncia en Salud, en CFE, SEDESOL y varias más.
- Disminuir sueldos, prestaciones, beneficios y privilegios de la llamada “burocracia dorada” en la administración federal, así como en los poderes de la Unión.
- Recortar plazas, gastos excesivos, asesorías externas, centralizar compras, todo lo que se ha llamado “la austeridad republicana”.
- Recuperar impuestos no pagados.
- Eliminar intermediarios en la provisión de apoyos, obras, servicios, y entregar directamente los beneficios las personas ([50 medidas contra la corrupción](#)).

Lucha contra la corrupción y austeridad republicana: los ahorros generados servirán para financiar proyectos de infraestructura y de bienestar social. La retórica presidencial, en este punto, es recurrente hasta la saciedad: [El principal problema de México es la corrupción](#).

Los montos calculados no son despreciables. Su impacto presupuestal tampoco. Por ejemplo, en diciembre de 2018 se dio el mayor recorte presupuestal en lo que va del siglo para el primer mes de un nuevo gobierno. Los recortes acumulados en secretarías de estado, organismos autónomos y entidades de control directo fueron de poco más de 110 mil millones de pesos ([Plan de austeridad comienza a generar ahorros importantes](#)). La estrategia contra el robo de combustible,

permitirá ahorros de 50 mil millones de pesos anuales. En medicamentos se ahorrarán 20 mil millones de pesos. Y así... Mucho de donde cortar, mucho de donde recuperar, para gastar en otras cosas ([Con lucha contra corrupción y huachicol se pagan becas](#)).

Dijimos antes: su impacto presupuestal es considerable. Debemos corregir: sus impactos mediáticos, políticos, sociales y estratégicos. Una acción de gobierno nunca es particular: sus afectaciones son muchas, sus objetivos y efectos también.

Aquí es donde empiezan las tensiones de la *pejenomics*:

1. **Mediáticas:** Todos los días, a las 7 de la mañana en punto, el presidente fija la agenda política y comunicativa. Con sus apariciones en aeropuertos, carreteras, tiendas de conveniencia, restaurantes populares, la cercanía con la población es algo nunca visto. Y sin seguridad. Los días en que dio a conocer la trama huachicolera fueron especialmente significativos. Lo que se sabía y/o sospechaba se confirmó. Las molestias y desgracias de esa guerra fueron minimizadas por la aprobación popular de su gestión. Su popularidad superó los 80 puntos porcentuales. Así siguió, hasta que los anuncios mañaneros enfrentaron tres problemas:
 - a. **No hay consecuencias.** Una cosa es denunciar en tribuna y otra hacerlo formalmente y que inicie la procuración y administración de justicia. Tanta corrupción ¿sin responsables? Tanto nombre, tanta evidencia, ¿sin castigo a los culpables y sin reparación de daño?
 - b. **No hay rigor.** Fascinados por la denuncia y el escándalo que promueven las conferencias mañaneras, las acusaciones no están sostenidas con hechos, documentos y pruebas fehacientes. La contundencia del huachicoleo no se ha alcanzado en otros sectores. El más patético fue electricidad, donde muchos de los denunciados han mostrado la insuficiencia de la palabra presidencial. El límite de la política de denuncia mediática ya se alcanzó.



c. **No hay distingos.** [La guerra del huachicol](#) mostró una trama, es decir, un ensamblaje político-gubernamental-criminal y local, esa fue su garantía de éxito. También mostró la gestión cotidiana -en directo- de los asuntos públicos. Ese modelo de gestión-comunicación no se aprovechó. En los demás casos la sentencia estuvo por delante de la explicación. El problema mayor fue cuando los recortes alcanzaron programas específicos acusados de corrupción al por mayor. Por primera vez los afectados no sólo fueron los grandes capos de la política, la empresa o el narco, sino pequeños colectivos que se habían comprometido con algunas acciones dejadas de lado o convertidas en cuasi-mercados por la política neoliberal. Es el caso de las estancias infantiles de SEDESOL y los colectivos de apoyo a las mujeres violentadas. Los recortes agarraron parejo: la sombra de la corrupción las cubre, ergo, merecen castigo. Y nadie duda de los negocios y corrupciones que se hagan en su nombre, pero las protestas de quienes no sean así, las resistencias de los colectivos en lucha que ven frenadas sus oportunidades de sobrevivencia, ¿por qué tienen que cargar con eso? La retórica presidencial subió de tono: conservadores, enemigos del progreso y de la IV T: resentidos. Les dijo de todo. ¿Se lo merecían todos? El *bumerang*

mediático viene de vuelta. Los memes sobre ocurrencias del Peje, sobre tijeras desmedidas, sobre la soberbia presidencial ya no provienen de la derecha, ahora vienen también de los movimientos y organizaciones sociales. Hay un cambio de calidad en las protestas.

2. **Sociales:** En algunas oficinas, empresas e instituciones ligadas al presupuesto público, la orden fue terminante: hacer más con menos; o lo que es lo mismo, se aplica el 30% de reducción presupuestal, búsqúenle dónde puedan. De manera indiscriminada. Lo mismo ocurrió en muchos otros lados. La sospecha de corrupción por delante. ¿El sueño neoliberal: la legitimidad del recorte



desde abajo! La corrupción es una excusa perfecta, sobre todo porque tiene de su lado parte de la verdad. El problema es sobre quién se ejerce. Y si nadie puede estar a favor de los lujos, los privilegios y las corruptelas, ¿quién puede favorecer los recortes a programas, prestaciones e ingresos de los trabajadores? Ya hay muchas instituciones que van directamente contra prestaciones económicas y sociales, como los CECyTES, la ENAH, otras van sobre plazas, muchas sobre beneficios ganados ([Recortes al CECyTES](#))

3. **Políticas:** ¿Los y las trabajadoras que arrojaron un gobierno para acabar con la corrupción sostendrán a un gobierno que cree que ellos y ellas son las corruptas y les recorte sus ingresos y prestaciones? Los movimientos sociales, las organizaciones civiles que construyeron colectivos para luchar por la vida, por la presentación de desaparecidos, por una vida sin violencia contra mujeres y niñas, ¿serán también culpabilizadas de corrupción, recortadas sus oportunidades de financiamiento, condenadas a la desaparición? Las tijeras de AMLO dicen que sí, entonces la corrupción no es sólo una lucha legítima contra los privilegios, sino una excusa perfecta para desarticular la organización social y comunitaria, una ocasión para culpabilizar a trabajadorxs, una perfecta combinación de lógica gubernamental para recortar privilegios y hacerlos recaer sobre la organización social y muchos sectores movilizadas.
4. **Gubernamentales:** Los recortes en el gasto público son una de las vertientes emblemáticas de la *pejenomics*, junto a la lucha contra la corrupción; una y otra se complementan formando un bucle que no sólo afecta prestaciones e ingresos generalizados, cuando debían ser focalizados en quienes obtuvieron privilegios excesivos, sino que tiene efectos de poder, buscados explícitamente en algunas respuestas a los problemas derivados de los recortes. El más claro es el de las estancias infantiles de SEDESOL. Acusadas de corrupción generalizada, el esquema cambia a bonos individuales, de hecho, el secretario [Urzúa propone pagar a los abuelos para que cuiden nietos](#). Como decíamos antes, una política gubernamental nunca es sólo económica, define una estrategia gubernamental y una relación de poder. Por eso, lo dicho por Urzúa tiene muchas más implicaciones, anotamos tres:
 - a. En la lucha contra la corrupción de las Estancias Infantiles, que existe y es cierta, el gobierno generaliza las culpas de una política que se había convertido en un negocio, pero también en una forma de asociación comunitaria (conocemos varias) para realizar proyectos colectivos desde madres de familia y maestras. Urzúa cambia

la lógica a los bonos individuales, otra vez, el sueño neoliberal, y un problema colectivo lo convierte en un beneficio individual, desligando las oportunidades de socialización y de organización comunitario. Otro sueño neoliberal: ¿convertir los derechos de la población en derechos individuales, con atención personal y promoción de las desigualdades! Eso se conoce ya: los bonos sólo individualizan y reproducen la desigualdad. Justo lo que hacen los programas favoritos de AMLO, todos focalizados e individualizados: programas de acceso restringido al mercado.

- b. Marca el camino a otros programas y otros problemas. Si para evitar la corrupción se individualizan los derechos, entonces, todos los programas sociales podrían ser tratados así: bonos y becas; tratamientos individuales a problemas colectivos. Peor aún: dádivas presidenciales.² Y como nunca alcanza, pues entonces los individuos tendrán que completar generando múltiples programas de precios distintos, calidades, formas de atención y valores distintos. ¡La equidad se fue por la borda!
- c. Y como conforme avance el sexenio y las demandas presupuestales crecerán -mucho mas en el marco de una pandemia-, el modelo de la desaparición de programas con la excusa de la corrupción, será la forma de atender las necesidades de financiamiento en clave de austeridad, pero también de centralización de decisiones y profundización de problemas causados por 30 años de programas austericidas.

Algunas hipótesis para llamar a un análisis mas detenido sobre la *pejenomics*:

- La *pejenomics* tiene un alto grado de legitimidad en la lucha contra los privilegios y contra la corrupción, pero su implementación causa grandes problemas cuando se vuelve selectiva.
- La *pejenomics* está realizando labores de desbrozamiento político a estrategias neoliberales que eran impensables en los gobiernos

² Esto se ha confirmado mas de una vez. Terminado este texto surgió el problema de los fideicomisos. Como se sabe, el fideicomiso es una forma opaca, con una tendencia inmanente a la corrupción y al privilegio; pero también un modo institucionalizado de atender problemas, como la consuetudinaria reducción en salarios reales de universitarios, garantías de presupuestos multianuales, etc. La corrupción -que existe y se ha manifestado-, sirve para centralizar las decisiones y regresar a los problemas de la incertidumbre y la precarización.

anteriores; el caso de las Estancias Infantiles muestra muy claramente cómo un problema posibilita la conversión de un derecho social en un bono individual.

- La lucha contra la corrupción sirve como excusa para recortar programas, beneficios, prestaciones e ingresos de los trabajadores; es una reedición de la narrativa neoliberal que los culpabiliza de las crisis económicas.
- La *pejenomics* se mantiene en los límites estrechos del gasto público y no cuestiona en ningún momento las políticas fiscales regresivas implementadas por los neoliberales; en los hechos las continúa. El problema es que estratégicamente eso lleva a un límite de la acción pública, porque las tensiones producidas por los recortes encontrarán tarde o temprano los problemas de financiamiento del gasto público y de cualquier estrategia de reanimación económica, reproduciendo ese crecimiento mediocre denunciado una y otra vez por el mismísimo AMLO.

Si estas hipótesis tienen algún grado de verosimilitud, entonces, la *pejenomics* no garantiza el crecimiento económico, ni la lucha contra la corrupción, ni el alivio a las desigualdades, que fueron compromisos explícitos en la toma de posesión del presidente Andrés Manuel López Obrador. Será, en el mejor de los casos, un *aggiornamento* de la política neoliberal, un recorte estético y funcional de un aparato estatal adiposo, achacoso y corrupto; una estrategia para eliminar trombos en las venas estatales.

No es poco, pero no es anti-neoliberal; al contrario, incluso podría ser bastante funcional.

¿Necesario? Sin duda. ¿Anti- neoliberal? No. ¿Podría serlo? Quizá, a condición de llevarla hasta sus últimas consecuencias, cuando se adviertan que los límites de la anti-corrupción, la procuración e impartición de justicia son los límites del sistema. ¿Lo hará? ¡No! Los dispositivos constitucionales, los organismos autónomos y la propia estructura del partido, el gobierno y las alianzas, están diseñados para evitarlo; vaya, ni siquiera para pensarlo.

ZOMBIES, BUCLES Y REFORMAS

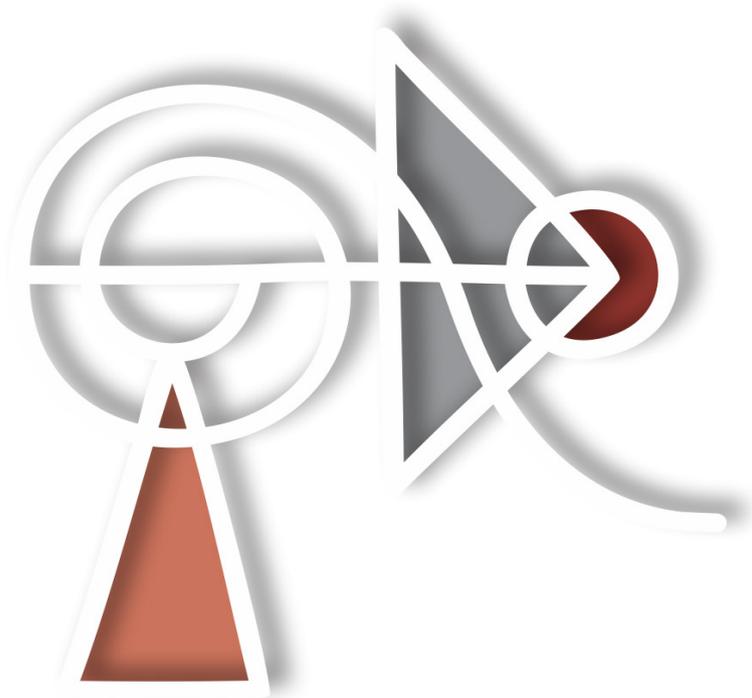
De la economía vayamos a la educación para entender la función del progresismo en la dinámica neoliberal.

Las reformas educativas neoliberales tienen más de 30 años. La crítica las ha matado más de una vez. Se equivoca, como de costumbre. Es más un deseo que una realidad, o peor, más un encubrimiento que una agencia. Un engaño programado. Sin pena ni vergüenza alguna.

Así ha sido en México. **Las críticas a la reforma educativa de Peña Nieto se utilizaron para mantener, legitimar y profundizar la racionalidad neoliberal** en una nueva reforma bajo la conducción de MORENA. Del Pacto por México al Pacto MORENO. A eso se le llamó, en la neolengua de la IV T, ¡la cancelación de la reforma educativa!

Sin embargo, la reforma educativa de la IV T mantiene, legitima y profundiza la reforma neoliberal de Peña Nieto. No la canceló, la mantuvo, la legitimó y la sigue profundizando. ¿Dónde se observa? En lo siguiente:

- **Mantener** autonomía de gestión, modelo educativo, formas de evaluación, idoneidad, mercados y cuasi-mercados, charterización, precarización, sobre-explotación de la fuerza laboral docente.
- **Legitimar** al eliminar la evaluación por desempeño, que el canon crítico la había identificado como la reforma educativa; al acompañar el proceso legislativo con gran participación en foros lo que hace es desaparecer la



crítica incorporándola a la nueva reforma educativa. Las críticas fueron asumidas en un proceso consultado, reuniendo a todas las fuerzas políticas, desde Mexicanos Primero hasta la CNTE.

- **Profundizar** llevando los procesos neoliberales a nuevos ámbitos, como la educación inicial, la educación superior, la educación inclusiva; entre otros.

Después de la lucha de la magisteria revoltosa contra la reforma peñista, después de las muertes, desapariciones, heridas y represiones, la esperanza de la cancelación devino aceptación sin entusiasmo, acomodo y pasividad. La misma CNTE colaboró con ello al gritar en Palacio Nacional, aquella tarde del 27 de mayo de 2019: “Ya cayó, ya cayó, la reforma ya cayó”. Engaño y autoengaño. Esa es la distopía producida por la IV T en el sistema educativo nacional ([La continuidad neoliberal](#)).

Peor aún: las estrategias educativas durante la pandemia son una confirmación atroz de la continuidad. *Aprende en Casa I*, *Nueva Normalidad* y *Aprende en Casa II* reproducen todos los códigos, mecanismos y objetivos de la formación de un sujeto neoliberal: responsabilidad de sí, aprendizajes individualizados, obediencia instrumental, autonomía de gestión, disponibilidad permanente, atención perenne, sujeción voluntaria y, sobre todo, silencio, resignación. Por si fuera poco, promueven las estrategias de mercado digital, de formación de consumidores, vigilancia telemática y subsunción total de la vida al capital.

Lo mismo ocurre en todas partes, porque **el progresismo es la reinención estratégica del control de las resistencias; más aún, de su desorganización y cooptación.**

La reiteración de los resultados muestra que, en realidad, **su función histórica es desbloquear los obstáculos de legitimación e implementación de las políticas neoliberales**, para lo cual adopta una máscara populista, con políticas redistributivas que duran el mismo tiempo que la fase creciente en los ciclos de los precios internacionales de las *commodities*, o el agotamiento de los recursos austericidas del presupuesto.

Las reformas pos-neoliberales no existen, solo son ajustes progresistas. ¿Cuántas veces habrá que repetirlo?

Lo que no se atreven a pensar quienes declaran muerto al neoliberalismo, es que en realidad es un zombie al que no se mata si no se le arranca la cabeza;

es decir, el modo de pensar, problematizar y objetivar. No se le puede vacunar, no hay terapias, no hay inmunidad de rebaño. No se arregla, no se cura. No hay pócima alguna para tratarlo; tampoco hay zombies buenos, ni hay zombies reformables.

Los zombies regresan una y otra vez, pueden ser lentos, medianamente rápidos o ultra-rápidos; pueden mutar y seguir moviéndose aún después de ser atropellados, flagelados, descuartizados, siguen adelante, buscando, persiguiendo, atometados por esas ganas insaciables de absorber la vida de los otros, de crecer, expandirse y seguir, seguir...

Son igualitos a las reformas educativas neoliberales: parecen acabarse, se les declara muertas, se les cancela, incluso se les niega, desvaloriza y ridiculiza, solo para regresar y expandirse, legitimarse, ensamblarse una y otra vez, auto-organizarse y auto-reproducirse.

Por eso los zombies son las figuras perfectas de la distopía progresista. Las que conectan todo el ciclo neoliberal, vivos-muertos perennes; lo invaden todo, todo, desde la familia hasta la escuela, desde la empresa hasta el gobierno, desde el yo hasta el nosotros; configuran un tiempo, un espacio, un modo de ser y de vivir propio, al que podremos llamar *UniverZombie*, para dar cuenta de esos desiertos sociales, sin inventiva y sin salida, esos limbos producidos por la crítica funcional y la alternancia sin alteración; esa terca repetición de lo mismo, ese maldito *déjà vu* recurrente, aunque los personajes, los colores, los partidos, los discursos y los objetivos parezcan distintos.

EL PROGRESISMO EN LA LARGA ONDA NEOLIBERAL

De la economía a la educación, y podríamos seguir, de las cuestiones ecológicas a las de seguridad, la dinámica gubernamental de la IV T se mueve entre el discurso crítico y el seguimiento puntual de los dispositivos neoliberales. Una suerte de disociación entre lo que quiere o pretende ser y lo que hace cada día. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué genera? ¿Hasta cuándo?

Va una hipótesis para atender las preguntas planteadas anteriormente. Una hipótesis que vincula el ciclo progresista con una onda de larga duración: la reconfiguración neoliberal del mundo.

Llamamos onda neoliberal de larga duración a los procesos de conceptualización, implantación, expansión y crisis de las políticas de reconfiguración subjetiva, institucional y organizativa, a través de los mecanismos de mercado y cuasimercado, en todos los ámbitos de la producción y reproducción de la vida (humana y no humana), la naturaleza y la sociedad.

Como todas las ondas, el neoliberalismo tiene sus fases de auge, que inician con un diagnóstico sobre las condiciones de crisis que enfrenta un ámbito determinado, que puede ser la economía, la educación, la salud, la ecología -aunque normalmente inicia en épocas de disturbios macroeconómicos y monetarios-; el diagnóstico se publicita como imposibilidad de continuar con los fundamentos conceptuales e institucionales, los síntomas pueden ser por inoperancia, corrupción, abandono, escasez o abundancia; luego se elaboran los conceptos claves de la reconstrucción institucional, como calidad, autonomía, libertad de elección, responsabilidad; mas tarde se diseñan los cambios constitucionales, institucionales y organizativos; se despliega un arsenal programático y regulatorio, se incluyen los criterios de evaluación y rendición de cuentas; luego se expande a otros campos y sectores, va penetrando la vida social y la reproducción hasta que los efectos empiezan a crear dificultades de implementación y legitimación, que ocurren tras grandes períodos de agitación y movilización social.

Si los problemas de implementación derivan en ciclos de corto plazo -después de crisis temporales de crecimiento-, el proceso se reinicia hacia nuevos sectores; si los problemas son de legitimación, entonces se producen los cambios de sentido y ganan terreno las opciones anti-neoliberales: es el momento del progresismo.

Una vez en el gobierno, los progresistas cambian la jerarquía de los problemas (*¡Fome zero!*), atienden demandas relegadas, modifican el discurso y las relaciones con el exterior, programan estrategias de mitigación de las desigualdades, mientras continúan con los estrictos postulados del control macroeconómico (superávit primario, pago puntual de la deuda, fiscalidad regresiva), del régimen extractivista de acumulación, de los dictados financieros, cooptan líderes sociales, los involucran en direcciones y cuadros medios del aparato estatal, continúan las políticas energéticas, las mineras, las educativas, las agropecuarias, de forma cada vez más agresiva, se distancian de los movimientos sociales y a menudo entran en confrontación con ellos en aspectos puntuales (feminicidios, inseguridad, extractivismo, impunidad).

En ese momento, los gobiernos progresistas realizan una fuga hacia adelante. Por una parte, se enfrentan cotidianamente con los sectores desplazados del aparato estatal, siempre vinculados a distintas fracciones del capital; por otra, se comprometen a remover los obstáculos de las resistencias, es decir, actuar contra los movimientos sociales de reacción o reivindicación, para lo cual no temen acudir a diferentes formas de violencia política, no muy distintas a las de sus predecesores.

Así se construye la paradoja constitutiva de los regímenes progresistas: una narrativa anti-neoliberal; una ruptura con la gestión del aparato estatal; un despliegue programático que cambia la prioridad en la agenda pública; un enfrentamiento permanente con los sectores relegados en la administración de los recursos fiscales; mientras continúa y profundiza la racionalidad neoliberal en las políticas públicas, preponderantemente la monetaria y fiscal, pero también agropecuaria, minera, forestal y todas las modalidades de financiamiento, incluida la penetración financiera de los sectores populares; el aprendizaje del endeudamiento al mismo tiempo que desorganiza y copta las resistencias. En suma: un distanciamiento paulatino de los sectores y movimientos sociales que forman su caudal electoral, *al mismo tiempo* que se enfrenta con sectores desplazados, mientras continúa puntualmente las políticas precedentes.

En otras palabras, el progresismo cumple su función histórica de incorporar las voces de los excluidos de la dinámica neoliberal, recomponer los fundamentos de su implementación, refrescar la gestión pública con cuadros provenientes de los movimientos sociales, al mismo tiempo que se distancia de ellos, los desorganiza, pero sigue hablando en su nombre, en una nueva fase de implementación sorda de las políticas neoliberales.

Y así va sellando su suerte; las tensiones con los desplazados, el distanciamiento con los movimientos sociales, la desconfianza de las fracciones hegemónicas del capital y una creciente concentración y centralización de la agenda y las decisiones políticas en la figura presidencial: un intercesor y un representante, un agente de cambio y un continuador de las políticas anteriores, un garante de la estabilidad y un mediador de los conflictos entre sectores, clases y grupos³; de ahí presidencias fuertes, los líderes históricos, los Grandes Timoneles; de ahí también la personificación de las contradicciones, las denuncias sobre presidencias imperiales o despóticas, las acusaciones -fundadas o no- de autoritarismo.

Frecuentemente, las tensiones desarrolladas por el progresismo se resuelven en el frente económico, cuando disminuyen los precios internacionales de las materias primas y la escasez de divisas hacen muy difíciles de financiar los programas compensatorios desarrollados en los primeros años; entonces se pone en riesgo el pago del servicio de la deuda, las inversiones públicas, o peor aún, se tienen que comprometer los gastos sociales; en ese momento, los gobiernos progresistas no se distinguen prácticamente en nada de los gobiernos austericidas y terminan erosionando su base social, de por sí disminuida por los embates contra los movimientos sociales y la desorganización popular que trajo consigo la cooptación y el fetichismo electoral.

³ Recordemos, una de las características de la gobernanza neoliberal son los cambios constitucionales, institucionales y organizativos desarrollados en las grandes reformas estructurales. Esa es la prueba de fuego de cualquier alternancia progresista, que para ser consecuente tendría que desarrollar un agresivo programa de transformación conceptual y constitucional; pero lo más frecuente es que no lo haga obsesionada por los problemas de implementación. En el caso mexicano, las reformas estructurales, neoliberales desde 1988 hasta 2018, crearon un armazón institucional denso, con organismos autónomos que afianzan la vigencia de los conceptos neoliberales, el caso más patente es el Banco de México y todas las comisiones reguladoras; pero los conceptos son lo más difícil de erradicar, como se ha visto en la reforma educativa en México, aunque también en la de seguridad.

El ahogo social se transforma en revueltas y movimientos sin más orientación ideológica que el *inconsciente a cielo abierto*, donde todos los atavismos de clase, idioma, religión, género, situación socioeconómica o nacional se expresan sin limitación alguna: es el momento de la ultraderecha, la organización del odio, el triunfo del desencanto y de la política de los grandes bloques nacionales, a favor y en contra del presidente, del desorden contra el orden, la tradición versus las novedades, todo lo que devuelva a una edad dorada que nunca existió pero que se añora.

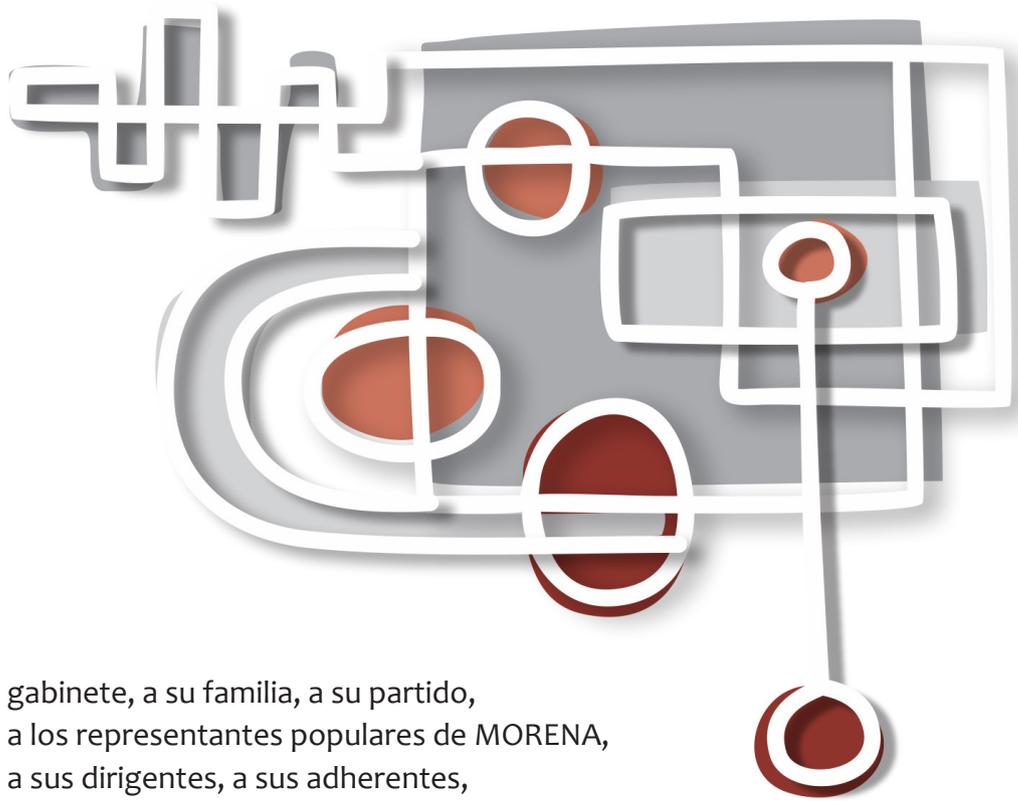
A los progresismos les ocurre lo mismo que a los gobiernos que pretendían reformar al capital sin alterar sus fundamentos, pero con una enorme diferencia: ¡al menos aquellos tenían claro que se enfrentaban a un sistema al que querían dulcificar o darle un rostro humano! Los progresistas tipo AMLO no, ese problema no está en su concepción, su diagnóstico es más simple: el problema es que se adueñaron del Estado una caterva de deshonestos, corruptos y sinvergüenzas, que tomaron las instituciones y las pervirtieron, las volvieron mecanismos de pillaje y expoliación.

A ese cártel se le denomina la “mafia del poder”; expulsándola y limpiando las organizaciones, dando el ejemplo, proponiendo una Cartilla Moral (¡No robar, no mentir, no engañar!), será suficiente para transformar a México.

Esa es la peculiaridad remisa de progresismo mexicano de la IV T. Un nivel conceptual muy bajo, respecto al desarrollado en Bolivia y Ecuador por ejemplo, pero interesante por cuenta propia, al destacar uno de los problemas inmanentes a las estrategias de ocupación estatal: la corrupción.

Sin embargo, al elevarla al rango de problema central, con una fuerte carga axiológica, se vuelve consigna y mecanismo de denuncia política, no de transformación institucional; porque tras la consigna no se encuentra nada, no se remite a nada, sino a los deseos volátiles del señor presidente, del gran decididor y propulsor de los cambios.

La lucha contra la corrupción deviene salvaguarda personal, mecanismo político y velo oscurecedor de la continuidad neoliberal; ahí radica el secreto de su eficacia retórica y política, pero también de sus tensiones, porque una vez manifiesta, se vuelve un baremo, un tasador de la política progresista y de la acción presidencial. Es una de sus ventajas, pero también uno de sus flancos de ataque y de defensa: lo veremos en los embates personales al presidente, a su



gabinete, a su familia, a su partido,
a los representantes populares de MORENA,
a sus dirigentes, a sus adherentes,
a sus merolicos.

Y así, una y otra vez, porque de esa consigna central no se sale; es un bucle, se repite y repite, porque en la lucha contra la corrupción de la IV T no se encuentra la transformación de nada, solo el combate menudo de personajes y circunstancias; o peor, el uso calculado de sus efectos mediáticos y políticos.

Al final de cuentas, en el mejor de los casos, la lucha contra la corrupción significaría un importante momento en la economía del gasto estatal y en la reducción de los costos de transacción; sin duda muy relevantes, hasta el momento en que se debe que tras la sobre-explotación, la precarización, la depredación ecológica, los feminicidios, el racismo, la homofobia, la pigmentocracia, no se encuentra la corrupción solamente, sino el capital, el neoliberalismo, el heteropatriarcado; es decir, todos los dispositivos de opresión sistémica que el capital ha ensamblado; en ese momento, el progresismo revela su relación tóxica, pero indisoluble, con el capitalismo en su fase neoliberal; en ese momento, todo tiene sentido: para mal.

RELACIONES TÓXICAS

Alguien podría decir:

Muy bien, aceptemos su argumento de que el progresismo es un momento del largo ciclo neoliberal que inició a finales de los años setenta del siglo pasado y se ha desplegado, no sin dificultades, prácticamente en todo el mundo, quizá de manera más agresiva en la periferia latinoamericana; aceptemos también que una de sus funciones históricas es desorganizar las resistencias; concedamos del mismo modo que la mayoría de sus programas mantienen, legitiman y profundizan la racionalidad neoliberal. Muy bien, sin embargo: ¿por qué se enfrenta entonces con los organismos empresariales, por qué sus detractores encuentran cobijo, protección, estímulo y financiamiento incluso por banqueros, calificadoras, brókers, representantes de comercios, de industrias y de empresas de todos los niveles y sectores? ¿Por qué las asonadas anti-progresistas son encabezadas política y conceptualmente por los mismos neoliberales? ¿No es una contradicción?; ¿no muestra lo falaz de su tesis?

Una crítica así merece atenderse. ¡Debe atenderse! Ojalá y todas fueran así. El argumento es interesante, capta la lógica argumentativa y la confronta con la historia; sin embargo, tiene una dificultad: su generalidad y abstracción; otra cosa se observa atendiendo las condiciones históricas, políticas y, sobre todo, los procesos, no los eventos recortados temporalmente.

A menudo se olvida que el gobierno es una relación en proceso, no una institución o un conjunto jurídico-administrativo solamente. Para decirlo en breve: es un proceso agonista, no se agota en una determinación o en un personaje. Este es un asunto central, porque implica que toda acción gubernamental busca incidir sobre las acciones de los gobernados, quienes tienen un campo particular de decisión, apropiación, seguimiento o recusación; por lo que las acciones progresistas, por ejemplo, son puestas a prueba una y otra vez en el campo que buscan afectar, directa e indirectamente.

El progresismo se presenta a sí mismo como una alternativa anti-neoliberal, pero desarrolla sus acciones en un marco institucional, económico, subjetivo y cultural definido/constituido por el neoliberalismo, esto le impone límites sistémicos y de acción muy precisos. Cuando atiende los problemas derivados de las reformas neoliberales, por ejemplo la educativa en México, enfrenta inmediatamente el dispositivo constitucional; lo que se esperaría de un gobierno transformador sería modificar conceptualmente el dispositivo, pero la reforma educativa de la IV T no lo hizo, porque quedó atrapada política y cognitivamente por las fuerzas del Pacto por México *reloaded*.

En este caso, la única opción para no develar inmediatamente el cobre neoliberal de la IV T es cooptar las resistencias; es decir, asimilar a las fuerzas que lucharon contra la reforma educativa. Esto es lo que hizo AMLO con una parte importante de la CNTE, de la academia crítica y de los comentaristas de algunos diarios. Se da entonces uno de esos momentos clave de la operación progresista: ***continuar la racionalidad neoliberal a partir del desbloqueo de los obstáculos de legitimación.***

Este es el mejor momento del progresismo, cuando parece ser la solución a los problemas causados por el neoliberalismo, pero ¡legitimando su racionalidad, cooptando las resistencias y solidificando su armazón conceptual! Es el tiempo en que el presidente parece ligar los intereses de los de arriba con los de abajo: bonapartismo se le llamaba antes, o cesarismo, como se quiera; en realidad, es solo un momento de los juegos del poder, que podrá ser distinto en otros campos y en otros frentes, por ejemplo en los megaproyectos, cuando no hay nada de eso, sino imposición pura y dura, lo mismo en los programas de ajuste o en el presupuesto.





La cuestión se complica cuando los afeites progresistas empiezan a develarse; cuando el cobre empieza a ser manifiesto; cuando las resistencias son relegadas, denostadas, manipuladas y golpeadas, y eso se convierte en práctica no incidental, sino frecuente o sistemática; entonces la función legitimadora no se cumple y aparecen los desafíos de la eficacia progresista: dar un golpe de timón para responderle a sus votantes, devolver la esperanza y empezar la transformación, o tomar partido abiertamente por el capital, comprometiendo su imagen y su práctica.

La historia de los reformistas o los progresistas está plagada de estos ejemplos. Más tarde o más temprano aparece la decisión maldita: *la traición o la reforma*; siempre aparece este momento en la acción gubernamental progresista y casi siempre se toma partido por el sistema, una vez que se vieron sus límites de cerca.

Esto ocurre todos los días en cada acción y campo gubernamental. La cuestión del tiempo y la atención particular son fundamentales, porque una y otra vez se pretende relegar la decisión *reforma o sistema* tanto como sea posible, mientras se continúa con la ambivalencia entre el discurso antineoliberal, los conceptos programáticos neoliberales y la pragmática gubernamental.

Es en esos momentos cuando las relaciones entre el progresismo y las fuerzas del capital liberan toxinas por doquier. Por una parte, desde el punto de vista del sistema, la única ventaja del progresismo es legitimar y profundizar la racionalidad neoliberal, disfrazando sus programas de reinclusión financiera y mercantil en la lógica de los bonos individuales, al mismo tiempo que deglute las resistencias, las incorpora al aparato estatal y reformula la crítica autónoma y radical; por otra, estas mismas acciones van minando

su legitimidad entre los de abajo, para lo que requiere relanzar sus políticas redistributivas, alterando los equilibrios fiscales y políticos que lo mantienen, es el momento de la decisión: alterar las condiciones que limitan su acción, proponer cambios conceptuales en la operación gubernamental o rendirse a los dictados de las fuerzas del mercado y el capital.

Es el momento límite del progresismo: con problemas de legitimidad con los de abajo, por sus ligas con los de arriba; pero lo único que podía mantener la estabilidad con el capital eran sus ventajas legitimadoras, ninguna otra cosa, en el momento en que la pierde por su compromiso histórico con la continuidad neoliberal, deja de ser funcional, deja de tener utilidad histórica y política: “o se alinea o se va”, empiezan las corridas de capitales, las huelgas de inversiones, el desabasto, las descalificaciones, las guerrillas culturales, toda la parafernalia tan conocida de las asonadas.

En síntesis: la única ventaja del progresismo -para el capital -, es seguir sus políticas con una gran legitimidad desde abajo; en el momento en que se pierde la legitimidad, precisamente por la continuidad neoliberal, deja de ser funcional, necesario o sencillamente cómodo. Es el momento del recambio, eso es todo lo que hemos visto en tantos lados, y lo que se está cocinando en México.

Al final, los experimentos progresistas, una y otra vez, muestran los límites de una legitimidad conseguida -en el peor de los casos-, con engaños y manipulaciones; en el mejor, con limitaciones conceptuales y políticas; en las dos, las derivas del desengaño y la desarticulación social son manifiestas. Una y otra vez hay que remar contra eso; quizá sea tiempo de entenderlo y actuar en consecuencia.

CABEZA NEOLIBERAL, LENGUA PROGRESISTA, CORAZÓN CONSERVADOR

AMLO ganó las elecciones encabezando una gran movilización social contra la corrupción y los efectos de las políticas neoliberales; sin embargo, desde que empezó a gobernar ha seguido puntualmente la misma racionalidad que pretendía acabar, pero modificando el orden de los enunciados políticos (¡Primero los pobres!), reordenando los objetivos y creando un gran relato anti-corrupción.

Consecuencia: la continuidad neoliberal, legitimada por un gobierno que la canceló por decreto; profundizada y ampliada por la gestión de los conflictos con las mafias desplazadas, las nuevas y el alejamiento de los sectores sociales. Esta es la paradoja constitutiva del progresismo.

Desde luego, el primer intento es negar la paradoja, denunciarla incluso; eso se hace a partir de una dicotomía: el progresismo o la catástrofe neoliberal. En México: AMLO o los conservadores ffff; en otros lados, el pueblo versus el anti-pueblo; o el pueblo contra la trama del poder, la caverna mediática o la oligarquía. Así se evita confrontar la lógica de los programas y subsumir a la población en la gran narrativa de la cancelación. Se trata de una mecánica del encubrimiento, típica de los mecanismos de gestión noopolítica; es decir, de la creación de grandes narrativas, ejemplos y marcos de referencia para generar, circular, apropiarse de la información social y política.

Sin embargo, como se puede percibir, la cuestión es mucho más complicada. No se trata solo de engañar -que se hace, ¡y muy bien!-, se trata de una conformación sistémica, más allá de voluntades individuales o partidarias; se trata de la constitución misma de los regímenes de poder neoliberales.

Esa es la cuestión: el gobierno de AMLO, como todos los progresismos, surge como reclamo popular a las crisis neoliberales, pero se desenvuelve entre

las instituciones, los saberes y los modos de pensar desarrollados por el neoliberalismo. Más aún: llega al gobierno con un equipo formado y entrenado en los conceptos, los procedimientos y las prácticas neoliberales; pero necesita cumplir las expectativas de quienes lo votaron, así que confunde la racionalidad neoliberal con la corrupción.

Una vieja retórica: elabora el enemigo a modo y lo destruye declarativamente; solo para dejar intacto al adversario que no quiere reconocer, menos aun enfrentar.

La tardanza mexicana en entrar al progresismo, vía AMLO, le otorga particularidades que limitan todavía más su campo de acción y revelaron su verdadero carácter desde muy temprano. Lo remiso cuesta, podría decirse; o peor, desvela sus afeites demasiado rápido. Nos referimos a la voluntaria denegación de los programas de crecimiento con distribución, la movilización popular, la reivindicación histórica, la reafirmación identitaria y soberana.

En México no hay nada de eso; bajo el gobierno de AMLO explícitamente se ha renunciado a programas de crecimiento económico -por los límites fiscales de un presupuesto atado a la deuda y la negativa a modificar las cargas impositivas-; así que los programas sociales son muy semejantes a los de los albores del neoliberalismo en México -tipo Solidaridad-. Además, se financian con austeridad y redistribuciones administrativas que nunca serán suficientes; así que la legitimidad política que dan los periodos de crecimiento y distribución está limitada de antemano. Si a eso se le suman las fases decrecientes de los precios del petróleo-;después de la reforma energética y el desastre de PEMEX!- las restricciones presupuestales son mayores.

La pandemia solo ha multiplicado estas cuestiones de manera exponencial; así que AMLO, ni por convicción, ni por condiciones, puede diseñar una ruta de legitimación por incrementos sustanciales en los niveles de vida de la población que pueda enmascarar la continuidad neoliberal.

Le queda solo otra vía: la denuncia de la corrupción, los excesos del pasado, el temor a regresar a las épocas del PRIANRD. Es el recordatorio permanente de las prácticas corporativas, patrimonialistas y corruptas de la clase política, la única -y no es menor- novedad discursiva de la IV T, el ancla de la legitimidad gubernamental, el cariz progresista que envuelve la lógica neoliberal de AMLO.

Cabeza neoliberal, si por eso entendemos la racionalidad política de un gobierno; pero con lenguaje progresista, tanto en la enunciación de los problemas de gestión como en la atención a las necesidades de los sectores vulnerables y la honradez en el uso de los recursos; dan cuenta de una figura del progresismo remiso que recupera tanto el modo anterior de plantear y atender problemas, como las lecciones derivadas del progresismo inicial, enlodado por las corrupciones.

Cabeza neoliberal, lengua *progre*; y por si faltara poco, en el caso mexicano, como también en el boliviano y ecuatoriano, corazón conservador, reaccionario incluso en cuestiones como las demandas feministas, los derechos sexuales y reproductivos, la verborrea para-religiosa, el desconocimiento cultural, el odio a la inteligencia, la cultura y las artes, la focalización en el pasado, el desprecio a la ciencia y la tecnología, la cerrazón ante el mundo, el provincianismo en los asuntos mundiales, la incapacidad para pensar los desafíos del porvenir, entre tantas otras cosas propias de una mentalidad y una sensibilidad conservadora en el arte de gobernar.

Así es el progresismo remiso: un engendro en el que la cabeza neoliberal requiere una lengua que la desmienta y un corazón anclado en el pasado para legitimar el presente con una mirada a un pretérito idealizado: en el discurso obradorista: ¡el desarrollo estabilizador! ¡Lo que entró en crisis a finales de los años sesenta!

El gobierno de la IV T es un hechizo neoliberal con lenguaje progresista y un tufo reaccionario que no puede, ni quiere ocultar.

No es fácil mirar al esperpento, menos aún reconocerlo o siquiera nombrarlo, pero ya lo empiezan a hacer los sectores desplazados, en esa deriva ultraderechista que empezamos a ver desde antes de las campañas electorales. Le harán el favor al convertir los problemas en caricaturas. Le harán el favor al demandar una posición a favor o en contra del presidente.

¡Hay que fugarse de esa trampa político-conceptual! La crítica al engendro es un procedimiento indispensable para desmontar los engaños, pero también para no caer en el desencanto, para denunciar y enfrentar el surgimiento de una base social filo-fascista, como se observa en las huestes del PRIANRD, FRENAAA, CULO y TUMOR, o en personajes como Lily Téllez, Genaro Lozano, miembros del episcopado católico, de las iglesias cristianas, algunos *abajofirmantes* y más de un *youtuber*.

EL HUEVO DE LA SERPIENTE⁴

Vivimos un tiempo en el que todo es posible: desde la restauración del régimen político del nacionalismo revolucionario, hasta salidas innovadoras o insubordinaciones colectivas; sin descartar que tras el experimento morenista, tras el quiebre de un neoliberalismo progre a la AMLO, emerjan intentonas fascistas. En la Ciudad de México, el PRI ya adelantó algo de eso. Fue el experimento electoral de Mikel Arriola; pero no es el único, también está el Bronco; sin olvidar las prácticas de algunos panistas, los discursos de Javier Lozano, las iniciativas de Juan Carlos Leal y sus compañeros diputados del antiguo PES.



En los últimos meses hay que agregar al FRENAAA de Gilberto Lozano, al TUMOR, de Gabriel Quadri y al empoderamiento discursivo/emocional de una clase media-alta alebrestada que ya no tiene la menor vergüenza en mostrar su ignorancia, su racismo, clasismo, anticomunismo y blanquitud a toda prueba.

No son pocos casos, hay muchos más, desperdigados por ahí, como la secretaria de educación y cultura de Quintana Roo, quien declaró que [Los niños con discapacidad no deberían nacer](#), sin dejar de lado las viejas campañas de Alazraki, los embates de los calderones, la Wallace, el Frente Nacional por la Familia y la

⁴ Nunca es tarde para volver a ver la película de este mismo título, de Ingmar Bergman (Alemania, 1977). https://www.youtube.com/watch?v=2T_GvPuVNNM

sempiterna iglesia católica, en las voces de obispos como el de Chilpancingo, para quien [Las mujeres asesinadas no andaban precisamente en misa](#).

También están presentes, Juan Dabdoub, del Consejo Mexicano por la Familia ([Activista homófobo de ultraderecha participa en marcha fifí](#)) y una larguísima ristra de microfascismos emergentes, como las andanadas digitales contra la campaña obradorista, las marchas feministas y los migrantes hondureños. O las cruzadas por el Pin Parental, contra la despenalización del aborto, el matrimonio igualitario y la educación sexual, de pesistas, panistas, ciudadanos y todos los que se suban.

Tras el derrumbe electoral del PRIANRD, en sus escombros anida el huevo de la serpiente. Difícil retornar al pasado, ese escenario es imposible y está ocupado por una franja de MORENA, así que su salida más radical será abrazar el fascismo. Ya hay mucho avanzado por ahí. Solo hay que abrir los ojos, los oídos y el entendimiento.

Y no hay que equivocarse. No es solo un tema ideológico, los fascismos resultan también de los fracasos gubernamentales. Es otro modo de articular el desencanto, la desilusión, la desesperanza: la vuelta a un orden perdido, aunque sea imaginario. Peor: precisamente por eso: por ser imaginario.

No se nos olvide, AMLO ganó también por el hartazgo; pero fue una salida hacia adelante. Una apuesta colectiva harta de la corrupción, el autoritarismo y la impunidad. Y eso está muy bien, pero nada nos garantiza que no aparezcan por ahí los fachos del orden, el progreso y los valores tradicionales; incluso desde la coalición “Juntos haremos historia”, para eso está el PES, para eso se fueron varios personajes conocidos por su talante autoritario y feroz con los gobiernos federal y estatales de MORENA. Esos peligros ya son una pesadilla vuelta realidad en el Sur: Macri, Bolsonaro, Piñera, y en el Norte, ahí está Trump, ahí sigue Le Pen, ahí surgió Vox, entre tantos otros.

EL MAGMA

El desencanto y las derivas filo-fascistas van de la mano. Se alimentan unas a otras. No hay salida por ahí, solo el descenso a los infiernos nihilistas o autoritarios. El riesgo es que se esparzan, como la Nada de la *Historia sin fin*.

El peligro es que vayan desvelando todo, para mostrar a cielo abierto todos los atavismos y las opresiones de clase, de etnia, de género, de orientación, de idioma, de posición, de color de piel; como lo han hecho magníficamente Trump y Bolsonaro, o la versión nacional de Genaro Lozano, El Bronco, muchos panistas, pesistas, priístas y, por supuesto, Gabriel Quadri. Ya hay mucho avanzado. Las polémicas en las redes digitales sólo lo confirman y lo llevan al paroxismo. Pero siempre hay lugar para más.

El otro lado está atrapado en el culto al líder; está mucho más preocupado por mantenerlo que por los esfuerzos de una transformación nacional. Son las huestes obradoristas, las mesnadas morenas en todas sus presentaciones; desde los viejos y nuevos llegados al partido, hasta los líderes locales transvasados de otros partidos, de movimientos sociales o populares, de la academia, del periodismo, de la cauda de ayudantes, secretarios, choferes, asesores de diputados y senadoras, de funcionarios de segundo, tercero, cuarto y quinto nivel en las estructuras administrativas del partido, de los gobiernos estatales y municipales.

Unos y otras conforman un escenario a modo, dispuesto por ellos mismos, en el que se enfrentan chairros y fifís, o liberales versus conservadores. Sus combates conducen siempre a callejones sin salida: apoyar o no a AMLO y a la IV T. Sin más; con los argumentos que dan vuelta y se muerden la cola. Mejor ni seguirle por ahí.

Sin embargo, frente a todo eso, hay una fuerza crítica palpable, una energía que recorre los subsuelos sociales y atraviesa sectores y luchas. Una suerte de magma, de fuerzas telúricas que surgen, se desarrollan, se topan y fluyen a altos grados de temperatura y de presión, que forman sólidos intrusivos o

buscan salir a la superficie en grandes explosiones sociales. Eso también está ahí, encontrándose, potenciándose y reconociéndose. Es el magma crítico, la verdadera fuerza, la verdadera potencia de transformación política e histórica.

Año 1

En el primer informe presidencial, Andrés Manuel López Obrador luce sonriente, gozoso, casi triunfante. Dice que quedan muchos retos y compromisos por cumplir, pero que el camino está correcto. Días antes afirmó: [el pueblo está feliz, feliz](#); luego, que el crecimiento no era importante, sino el desarrollo; que, aunque el país no crece, eso no importa tanto, porque el bienestar no se mide por datos cuantitativos, sino por la equidad y el bienestar ([Primer informe de gobierno](#)).

Los datos de la aceptación del presidente de la república hablan por sí solos. Llegó al informe presidencial con una aprobación que va del 74% encontrado por Parametría, hasta un 61.8% por *El Economista*, mientras *Reforma* le daba un 70%, *El Universal* 69 y *El Financiero* 67% ([¿Cómo llega AMLO a su primer informe?](#)).

Datos muy altos frente a tantos problemas y campañas en contra. Pero no extraordinarios; vistos en perspectiva. Felipe Calderón tenía el 66% en las mismas fechas, y Salinas de Gortari 70%. Pero cifras competitivas; aunque no muy estables. Todos los reportes están de acuerdo en una caída secular, de mayor o menor magnitud según la casa encuestadora. *Reforma* la calcula en 8 puntos porcentuales desde marzo; mientras *El Financiero* en 16 desde febrero.

Además, las marchas en su contra no van. Ya van cuatro desde el 1 de diciembre del año pasado, y no prenden. La del 1 de septiembre, al mismo tiempo que el informe de gobierno, fue tan pobre como las anteriores, casi con más membretes que personas, pero armando los acuerdos para las elecciones de 2021. Los convocantes: Futuro 21, Observatorio Ciudadano, ProNAIM, Contrapeso, Chalecos México, México 21, México Convoca, X México y Sociedad Civil ([Marcha anti-AMLO](#)).

Y las de este año tampoco prenden; aún con la alianza opositora de gobiernos estatales, aún con las posiciones de intelectuales y personajes mediáticos vinculados con el salinismo y el panismo (con una o dos excepciones), aún con el FRENAAA, ni siquiera con la caída brutal de la actividad económica durante la

pandemia, ni con el elevado número de muertes y contagios; nada lo toca. ¡El presidente teflón!

Una de las características más sobresalientes de este período es la focalización de las acciones gubernamentales en el presidente de la república. Lo reconocen críticos y apoyadores. Un presidencialismo exacerbado: casi todo se reduce a eso: estar a favor o en contra del presidente. AMLO mismo refuerza esa posición en declaraciones y en sus mañaneras. Todos los trucos habidos y por haber de los *spins* comunicativos están por ahí. AMLO es su propio *spin doctor*⁵; el gran *definidor-manipulador* de la realidad mexicana de nuestros tiempos.

AMLO califica y descalifica, promueve, incita, niega, rechaza, altera, cambia, valoriza y desvaloriza; concentra las decisiones, altera las realidades y modifica las percepciones colectivas, sobre todo las de sus seguidores y defensores. Ha elaborado un baremo inescapable de la cognición social: a favor de las decisiones presidenciales o a favor del régimen anterior; a favor de la IV T, encarnada por él, o de las prácticas corruptas y los privilegios de las castas doradas del pasado. Y si los problemas continúan, el baremo acude al tiempo: los problemas son muchos y no se puede resolver todo tan pronto; o los programas están empezando... Todo funciona más o menos así.

Las batallas en las redes digitales se mueven más o menos en ese tenor. Las novedades discursivas, los brotes atópicos, todo se somete a los poderes cognitivos de Andrés Manuel. Para bien o para mal. Porque muchos problemas surgen, se reproducen, se crean, en las relaciones políticas, económicas internacionales, comerciales, educativas, de salud, entre tantas otras. Y los problemas son objetivos, existen más allá de las percepciones, aunque éstas sean importantes en su misma definición. Existen, y más de una vez golpean a quienes los niegan o desvalorizan.

Nosotrxs somos materialistas. Hay una realidad más allá de la mente y la percepción; aunque los poderes cognitivos sean importantísimos en su conceptualización y atención. Las protestas y movimientos populares, por ejemplo, empiezan siendo despreciados por el poder, terminan modificando

5 *Spin doctor*, un especialista en relaciones públicas, el que curva, truca, modifica y/o altera la realidad en intervenciones comunicativas plagadas de tropos lingüísticos y tácticas diversivas. Spin puede traducirse como girar, rotar, curvar.

el ritmo de la historia. Incluso en las insurrecciones pasa lo mismo: cuando devienen poder, tratan de negar los procesos sociales, aspirando a mantener un sistema homeostático presuntamente nuevo.

AMLO y los publicistas de la IV T se comportan como todos los poderes establecidos. No podrían hacerlo de otro modo. O sí: después de muchísimos años de entrenarse en la oposición debían conocer muy bien los problemas a que se enfrentan y las distintas posibilidades de intervención. Más aún: debían contemplar los múltiples rechazos, enfrentamientos, desdoros y demás prácticas de las resistencias del *antiguo régimen*, para invocar a la movilización popular que los apoyó, para enfrentarlos desde abajo.

Han hecho otra cosa: una y otra vez se han rendido y colaborado con los poderes fácticos para realizar presuntas innovaciones programáticas que en realidad son las mismas de antes, pero legitimadas por la retórica presidencial de la IV T.

La mal llamada cancelación de la reforma educativa produjo otra que mantiene, legitima y profundiza la anterior; los megaproyectos mantienen, legitiman y profundizan las estrategias ecodidas precedentes; los programas y leyes austericidas mantienen, legitiman y profundizan estrategias anteriores contra sectores educativos, científicos, tecnológicos, de salud, culturales y demás. La relación con el gobierno de Trump es todo menos la que se esperaría de un gobierno progresista, también puede decirse que mantiene, profundiza y legitima las políticas precedentes.

La IV T es un complejo estratégico que mantiene, legitima y profundiza las reformas neoliberales de sexenios anteriores. En esta lógica, la tersura de la alternancia progresista es una gran operación enmascaradora de la realidad nacional.

Sabemos bien que vendrán todas las acusaciones habidas y por haber con una posición como la que sostenemos aquí. No nos preocupa, no aspiramos



a ningún cargo popular, ni mucho menos; lo que nos interesa es registrar los procesos desvalorizados, negados, vilipendiados por el nuevo sentido común de la época obradorista.

Debíamos hacerlo en muchas direcciones, porque nos permitiría tener un campo muy abierto de las posibilidades y la emergencia de fuerzas políticas que se enfrentarán en un futuro muy cercano, como *la oposición fifí a la IV T*; una oposición que derivará, más tarde o más temprano, hacia posiciones filo o francamente fascistas, si atendemos la lógica política que se observa en otros países y empezó muy pronto en México, acrecentadas por el performance político del FRENAAA en el zócalo de la Ciudad de México.

A nosotrxs nos interesa enumerar *algunas* (es un registro preliminar solamente) de las fuerzas que resisten, cuestionan, enfrentan los procesos de la IV T en sus espacios inmediatos de poder. Se trata, de **ubicar las corrientes de fondo, de nombrar** esa fuerza que se percibe, aunque se niegue; que actúa, aunque se desestime; que piensa, aunque se rechace; todo de manera distinta a lo que mandata la IV T; esa corriente de fondo que **produce un desencanto activo y se prepara para la acción, o reafirma sus posiciones previas y se organiza en consecuencia.**

Son fuerzas de abajo, desde abajo, algunas con una gran presencia mediática, otras no tanto, pero que están ahí, en los zócalos de las interacciones políticas, esperando, propiciando, alertando y articulando de múltiples formas sus actividades y sus sentipensamientos.

La revuelta feminista

En su nada oculta colaboración con el régimen heteropatriarcal, la IV T todavía piensa la opresión en términos del pasado, de lo que tantas veces se ha denunciado como *feminismo de techo de cristal* o de esa patética política de la mujer; no entiende que no entiende que ya se trata de otra cosa: de una realidad insoportable en donde la vida cotidiana de las mujeres está en riesgo, de todas las mujeres, en todas partes. En lugar de tratar de entender la nueva insurrección feminista, AMLO, Claudia y sus mesnadas la tratan como provocación; los *machirulos* y los *onvres* reclaman las formas y la decencia, esos mismos que no cuestionan su proceder, su articulación verbal, sus deseos y sus valores, pero exigen rendición de cuentas a la furia feminista.

Incluso las mujeres de la IV T son cómplices de la denostación presidencial y machista de sus dirigentes a la ola feminista nacional e internacional; sus programas son del pasado, ya lo dijimos, reproducen todas las fórmulas del feminismo burgués. Ya no es suficiente enarbolar la igualdad sustantiva y la perspectiva de género, se trata de cambiar los valores heteropatriarcales, se trata de revolucionar los valores; la IV T no tiene ni idea de lo que viene, y enfrenta la rebelión feminista con los poderes policíacos y mediáticos más rancios. Nosotrxs no podemos sino alegrarnos por la rabia de las feministas de México y del mundo.

La rebeldía ecologista

AMLO se comporta como gobernante de los años cincuenta y sesenta, como un viejo representante del desarrollismo, que trata de impulsar regiones atrasadas con grandes megaproyectos sin cuestionar sus efectos ecológicos, culturales, regionales, productivos y estratégicos. Su insistencia en los proyectos de energías no renovables, en los megaproyectos de destrucción -como el tren Maya, el Transtsmico, Huexca, y demás-, han desatado movilizaciones para mostrar que esa vía ya es conocida y produce todo lo que sabemos desde hace mucho; son cada vez más grandes movilizaciones que vienen desde antes, sobre todo las mineras, forestales y eólicas, y se articulan con las de los megaproyectos. La cuestión es el tratamiento verbal, político y criminal que se les ha dado. Un tratamiento nada distinto a las anteriores, ahora legitimados con la IV T la razón presidencial.

La insubordinación de los, las y les defensores de derechos humanos

AMLO dijo que no reprimiría, se comprometió una y otra vez a ello. Nada dijo de los gobernantes de la IV T en los estados, ni de las fuerzas federales. La realidad empieza a ser muy distinta: en Chiapas, en la Ciudad de México, en Guadalajara, en el Norte, en el Sur, en Veracruz, ya empezaron las represiones a los movimientos populares. Maestros y maestras, estudiantes, feministas y migrantes son las víctimas de una represión negada pero real, tan real como los golpes, heridas y humillaciones; tan real en el cuerpo y tan negada o despreciada en las mañaneras.

El problema es que la utilización de los saberes aprendidos durante años por las corporaciones militares y las agencias policíacas no son combatidas, sino relanzadas por la Guardia Nacional, que ya empieza su soterrada labor

represiva contra migrantes y contra ciudadanos. La policía migratoria es la deriva indeseada pero previsible de las relaciones con Trump y el compromiso de vigilancia de fronteras establecido con él.

Por si fuera poco, todos los índices de seguridad se han mantenido y acrecentado; la paciencia de los colectivos regionales y nacionales contra la desaparición forzada, las que vienen desde hace muchos años y las de ahora, se ha terminado, no hay tregua mayor y despliegan sus acciones en múltiples direcciones.

El descontento magisterial, científico y tecnológico

Las inconformidades magisteriales no cesan. Los motivos son diversos, proceden de antes y se combinan con los de ahora: problemas de pagos heredados por la administración anterior que continúan en la presente, reinstalación de cesados inconclusa, inconformidades por una evaluación docente que no desapareció y continúa cobrándole la factura de la precariedad a muchos profesores, opacidad en la asignación de unas siempre escasas plazas vacantes, incertidumbre ante el inicio del primer ciclo escolar de la IV T, en el que las maestras y maestros tendrán que aplicar dos planes de estudio diferentes con unos libros de texto que aún no han llegado a todas las escuelas. El problema de la falta de pago de salarios y prestaciones continúa no solo en bastiones de la CNTE como Michoacán, Chiapas y Guerrero. En otros estados como Yucatán ([Protestan maestros por falta de pago: les deben 11 meses](#)) y recientemente Baja California ([Baja California inicia clases con paro magisterial](#)), los maestros han protestado exigiendo se regularice la situación. La prometida reinstalación de maestros cesados no se ha concretado tan rápido ni tan satisfactoriamente como los afectados esperaban ([Hay trabas en regreso de docentes cesados](#)).

En el ámbito científico y tecnológico, la relación del gobierno de la IV T con académicos, investigadores y científicos de centros públicos, muchos de los cuales votaron por AMLO, ha sido entre ríspida y antagónica. El presidente y algunos miembros de su gabinete los han acusado de ser una casta privilegiada, parte de la burocracia dorada. Las reacciones no se han hecho esperar, no tanto por los adjetivos sino por los recortes aplicados a ciencia y tecnología. Al grito de [¡Ciencia sí, recortes no!](#), integrantes han enviado cartas al presidente y manifestado públicamente su desacuerdo ([Investigadores protestan en Palacio Nacional por recorte a ciencia y tecnología](#)).

Las desobediencias en la salud

AMLO estableció como una prioridad de su campaña electoral y, posteriormente, en su gobierno de la IV T el Bienestar Social de la población, principalmente, de los más desfavorecidos. La salud es un factor ineludible para favorecer el bienestar social que debe potenciarse de manera permanente. La atención de la salud pública se ha visto deteriorada con las medidas adoptadas por la IV T en el territorio nacional por lo que las protestas y resistencias de médicos, enfermeras, residentes, pasantes y trabajadores involucrados en la prestación del servicio del sector salud no se han hecho esperar.

Plantones, manifestaciones y protestas ante el desabasto de medicamentos ([Protestan en AICM por falta de medicamento para niños con cáncer](#)) y material de curación, falta de recursos para el mantenimiento de equipo médico y mantenimiento en general de hospitales ([¡Si Sheinbaum no atiende, Leñero se muere!](#)), carencia de recursos para el pago de electricidad y agua, retraso en la aceptación de consultas e ingreso hospitalario para poblaciones infantiles y geriátricas, principalmente, sin que para poblaciones jóvenes y adultas sea diferente, recorte de atención a pacientes que pudieran ser tratados y rehabilitados en distintas ramas médicas, falta de personal para la atención de pacientes en los servicios de hospitalización, urgencias y laboratorios, despidos injustificados, retraso en el pago de quincenas, bonos, horas extras, guardias y suplencias, reducción de salarios ([Por indicación del gobierno federal, reducen sueldo a médicos residentes](#)), han provocado múltiples protestas.

Del mismo modo, se han visto afectados por los recortes gubernamentales, pacientes que reciben medicamentos y tratamientos especializados como antirretrovirales para personas con VIH, diálisis y quimioterapias para personas con insuficiencia renal y cáncer, respectivamente. Frente a este panorama de recortes presupuestales y desabasto en el sector salud, quien fungiera como director del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) al inicio del gobierno de la IV T, German Martínez Cázares, presentó su renuncia demasiado pronto.

Los despidos y recortes presupuestales han alcanzado a los trabajadores del IMSS, de ISSSTE y de la Secretaría de Salud, quienes también han encabezado manifestaciones y protestas contra los recortes que afectan su situación laboral y en consecuencia, la atención a la población ([Trabajadores del ISSSTE protestan por recortes de personal](#)). De esta manera, la desobediencia dentro del sector salud se ha ido construyendo de manera conjunta entre personal

médico, enfermeras, residentes, pasantes, trabajadores y, fundamentalmente, pacientes que han salido a las calles a manifestar su inconformidad.

En suma: contingentes de feministas, ecologistas, defensores de derechos humanos, madres y familiares de desaparecidxs, partes del magisterio, científicos, investigadoras, profesores de educación superior, trabajadoras de la cultura, médicos, enfermeras, estudiantes de medicina, médicos internos, pacientes de padecimientos crónicos, y faltaron indígenas, afromexicanos, migrantes. va empiezan. desde abajo, a cuestionar los programas, las acciones,

las declaraciones y omisiones del presidente y la IV T, han realizado movilizaciones y enfrentado los dichos y hechos de AMLO y de los *pejzombies*, empiezan a lidiar de otras maneras con el desencanto y producir múltiples acciones micro y mesopolíticas que configuran ríos submarinos, corrientes de fondo, que se ven poco, pero cuya fuerza está ahí, desenvolviéndose por abajo, encontrándose, reconociéndose; mal harían en creer que son chairros o fifís, son otra cosa, innombrable todavía, pero ahí: por fortuna.

Año 2

En el segundo informe presidencial, durante el semáforo naranja en la ciudad de México y en la mayoría de los estados del país, AMLO luce contento. Su popularidad ha caído; sobre todo después de meses de pandemia, de la crisis económica, del desempleo y la precarización. Peor aún: después de los anuncios del secretario de hacienda: “[la crisis económica de 2021 será más fuerte que la de 1932](#)”.

A pesar de todo eso, cuenta con [54% de aprobación al 31 de agosto de 2020](#), 8 puntos menos que los de un año antes. Nada que preocuparse dadas las condiciones. Más aún: las marchas anti-AMLO no prenden, solo exhiben su ignorancia, su racismo y su clasismo. Entre más lo critiquen, menos convocan a la mayoría que lo eligió en 2018.

Pareciera ser uno de esos gobernantes teflón, a los que no les pega nada: ni la crisis económica, ni el COVID-19, ni las decenas de miles de muertos, ni los feminicidios, ni las desapariciones forzadas, ni la inseguridad, ni sus coqueteos con Trump, ni sus desbarres comunicativos, ni la franca retirada del estado laico, ni las contradicciones con sus amigos empresarios (vgr. Salinas Pliego), ni los conflictos en el gabinete, ni los desaseos de sus familiares (Pío, el hermano incómodo; Felipa, la prima molesta), o el devenir priísta-neoliberal de MORENA, con Mario Delgado de dirigente: ¡[Mario Delgado!](#)

Parecería ser; pero no lo es. Lo cierto es que nos encontramos en una de esas coyunturas en donde se entremezclan y procesan distintas fuerzas sociales, políticas y cognitivas. Se trata, ciertamente, de una disputa por la narrativa, el sentido y las oportunidades de la transformación. Por una parte, las fuerzas desplazadas, esas que anidan el huevo de la serpiente; por otra, las del obradorismo, esa mescolanza entre los depositarios de la esperanza, quienes detestan el régimen anterior y los continuadores neoliberales; por último, una mirada de resistencias y movimientos sectoriales, locales, concretos, que resienten la continuidad, vienen de mucho atrás y disputan cotidianamente a los desplazados y a los incondicionales obradoristas.

Los primeros y las segundas tratan de imponer la narrativa del chairó y el fifí, AMLO o anti-AMLO, las terceras muestran todos los días que esa dicotomía es falsa, que en realidad es una fantasmagoría, una ilusión que se desvanece ante las acciones y los programas concretos, frente a los feminicidios, frente a la depredación ambiental, frente a los extractivismos, frente a la precarización y la sobreexplotación...

Por eso decíamos, parece que a AMLO es un gobernante teflón, al que no le pega nada; quizá sea cierto en el terreno electoral -y con matices, como se ha visto y se verá en elecciones intermedias-, pero ese es el terreno que el Magma, o los movimientos irreductibles al poder estatal, no reconoce como suyo, ahí no disputa nada, o muy poco; lo suyo es otra cosa, es otro tiempo y muchos otros espacios; lo interesante, por ahora, es reconocerlo, saberse, identificarse, contagiarse unos de otros, para reterritorializar la política, para construir otros modos y prácticas de vivir y convivir, eso es lo que ahí está, aunque solo aparezca en momentos fulgurantes, como los que han aportado las feministas, pero está ahí, todos los días, todos, en las acciones de médicas, enfermeras y trabajadoras de la salud, en los maestros y las maestras, en los estudiantes y los científicos, artistas y artesanos, en los comunicadores, en los defensores de

los derechos humanos, en los colectivos ambientalista, en todos ellos que se preguntan y se preocupan por la vida, por la salud, por el conocimiento y por la cultura, no por lo que piense, vaya a decir o a proponer el señor presidente.

¿Por qué? Porque su mayor aportación es conceptual y política, o de política conceptual: entender que el terreno de la disputa de la transformación no se da en el gobierno, en las elecciones o en la representación, sino en las condiciones materiales y sociales de existencia; que pensarlo de otro modo, que hacerlo de otro modo, no conduce a la defensa de AMLO o de una ideología, sino de la continuidad neoliberal, aunque ahora con cariz progre.

Como han dicho algunas compañeras feministas: “no se defiende a AMLO o a la IV T; sino a los continuadores neoliberales, a los extractivistas, al heteropatriarcado y a la sobreexplotación”. Y frente a eso, el Magma se ha rebelado, se sigue rebelando todos los días.

Ahí andaremos...



AMLO: UN PROGRESISTA REMISO

Crítica del engaño, el desencanto y la deriva facha

se terminó de editar en julio de 2021 en

Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, A.C.

Pedro Moreno 7 Barrio de Santa Lucía 292950 San Cristóbal de Las Casas,
Chiapas, México

Tels: 967 678 05 64 y 967 631 69 89

edfrayba@gmail.com

www.editorialfrayba.com.mx

www.editorialfrayba.blogspot.com

Publicación digital



PROGRSISTA REMISO